



Antílopes del África austral, por Specht

—¡Creedlo sinceramente y lo seréis de veras. La dicha no es más que una presunción. ¿Tenéis confianza en la mujer que habéis elegido?

—La tengo en la que vos me indicáis, que es digna de unirse á un infante de España.

—¡Bien Luis! Ya yo contaba con la rectitud de vuestro carácter, y me he ocupado en buscaros esposa.

—¡Siempre tan bueno!

Tomo III.—Caza mayor y menor

—A fuerza de decir que lo soy, van haciéndome creer lo contrario.

—Y ¿podré saber...?—murmuró D. Luis, trémulo de emoción.

—Mirad,—repuso Carlos, sonriéndose, y entregándole tres retratos pintados por Maella.

El Infante examinó atentamente el primer medallón. El Rey le miraba casi con lástima.

—Es la hija del Duque del Parque,—le dijo.
D. Luis dejó el retrato sobre el escritorio y tomó otro.

—¿Y esta?

—Una sobrina del Marqués de Campo-Real.

Era tan linda aquella figura, que, al contemplarla con delicia, el rostro de D. Luis se puso como la grana: las venas de su frente parecía que iban á estallar, según se hincharon. La elección estaba hecha. Sin embargo, por curiosidad únicamente, tomó el tercer retrato, y, después de lanzar una exclamación de sorpresa, corrió á un balcón, separó las cortinas, y todavía no daba crédito á sus ojos.

—¡Mi zagala!—gritó enajenado de gozo.

—Doña María Teresa de Vallabriga y Rozas, sobrina del general Marqués de San Leonardo, mi caballerizo mayor,—contestó el Rey con frialdad.

VIII

La noche de las bodas, que se celebraron en Oliás del Rey, el Infante preguntó á su esposa por qué ella y su tía la Marquesa se disfrazaban de labradoras para ir á visitar los enfermos. Teresa abrió la *Biblia*, y con su dedo color de rosa señaló estas palabras de San Mateo: «Y así, cuando haces limosna, no hagas tocar la trompeta delante de ti, como los hipócritas hacen en las sinagogas y en las calles, para ser honrados por los hombres. Mas tú, cuando haces limosna, no sepa tu izquierda lo que hace tu derecha. Para que tu limosna sea en oculto, y tu padre, que ve en lo oculto, te premiará.»

El venado blanco vivió algunos años encerrado en una casita llamada el *Cebo*, propia del infante D. Luis, cuyas ruinas se ven todavía á espaldas de los poéticos jardines de la Granja. Pero ni el tiempo ni las caricias lograron dulcificar los salvajes instintos del hermoso animal. Un día se lanzó sobre el guarda que le cuidaba, le dió algunos golpes terribles, que le causaron la muerte, y huyó á las montañas vecinas.



CAPITULO IX

CAZA DEL VENADO Á LA CARRERA

I



La historia de la montería, para ser completa, debiera ser en realidad una historia universal, ocupándose de todas las épocas y de todos los lugares que existen en la superficie de la Tierra.

Pocos sucesos hay de alguna importancia que de cerca ó de lejos no estén enlazados con alguna aventura de caza, lo cual no tiene nada de sorprendente si se recuerda que este ejercicio ha sido mirado con pasión por casi todos los príncipes y magnates del mundo; y, cualquiera que sea la clase social que se examine, se encuentran en ella cazadores, sin exceptuar al clero, cuyos altos dignatarios cazaban ardorosamente en la edad media. Sabido es que el célebre escritor Pero López de Ayala dedicó su libro de ceterería al Obispo de Burgos D. Gonzalo de Mena.

Desde que Lamech, padre de Noé, inventó el arco, la caza se encarnó en las costumbres de los hombres para no decaer nunca, como acontece con otros recreos y esparcimientos del ánimo; y la montería, andando el tiempo, llegó á ser un elemento tan indispensable para la vida, que lo mismo se perseguían reses en la quietud de la paz que en las turbulencias de la guerra. Prueba de ello es el hecho ocurrido el 29 de junio de

1429 cuando las tropas de Juana de Arco iban al encuentro del ejército inglés. Los señores franceses, que marchaban á vanguardia, levantaron un venado magnífico, que comenzaron á perseguir como si estuviesen en una batida. Acosado de cerca el animal, fué á echarse en medio de los ingleses, siguiendo á los monteros toda la caballería de Carlos VII, quien, gracias á las aficiones venatorias de sus oficiales, pudo registrar en los fastos de su reinado una jornada gloriosa con el nombre de la batalla de Patay.

Los monteros, y especialmente los que cazan á la carrera, han tenido siempre la vanagloria de creerse los más nobles entre los amantes al arte que nos ocupa. Desprecian las redes y los recursos de mala ley; y lo que quieren, lo que buscan con afán, es un combate contra las reses en campo abierto y con armas iguales, rivalizando con ellas en astucia, en celeridad y en destreza.

Los celtas fueron los primeros que practicaron este género de caza, imprimiéndole el carácter hidalgo y generoso que hoy tiene; y en el siglo II de la era cristiana ya se corrían los montes por el mismo sistema que se acostumbra actualmente.

Como los libros entonces eran raros, se trasmitían los preceptos de las ciencias por tradición oral. El maes-